

lleva de á cuatro, nueve cajas de municiones y doscientos cincuenta fusiles. Los soldados prisioneros fueron puestos en libertad; los oficiales quedaron en disposicion de recobrarla muy pronto; y el coronel Bahamonde fué fusilado el 17 por la mañana, en el mismo sitio que habia sido teatro de sus inútiles esfuerzos.

Hacia tiempo que Bahamonde se hallaba amenazado, y el gobierno lo sabia: el 31 de Diciembre le habia comunicado el comandante general de Michoacan, que grandes fuerzas pronunciadas estaban preparándose para atacar á Huetamo, pero que se mandarian tropas en su auxilio á las órdenes del coronel Don Ignacio Solis. Estos auxilios no se le enviaron á Bahamonde: hacia tres meses que no recibia fondos para el prest de la tropa: habia pedido sin cesar, y en vano, que se le socorriera, ofreciendo defenderse hasta quedar sepultado con su guarnicion bajo los escombros de Huetamo. Solo y abandonado á su suerte, aquel hombre saca del hospital á los soldados enfermos, y los coloca en las trincheras; se pone á su frente, se defiende con desesperacion, sucumbe al fin, y es fusilado.

¿Cómo pagó el gobierno de Santa-Anna este sacrificio?

Con fecha 20 de Enero el comandante general de Michoacan participó al gobierno que habia sucumbido

la plaza de Huetamo, y que Bahamonde habia caido preso en poder de los enemigos. La contestacion del gobierno fué quejarse de faltas de obediencia á sus mandatos, y decir que las órdenes dadas á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, habian sido *eludidas*. “El gobierno, decia el ministro en su comunicacion, “tiene que lamentar que el citado coronel Bahamonde, “por su inesperienza, ó por *falta de firmeza* para sostenerse en el punto que se le habia encomendado, “concluyera con entregar á unos soldados que merecian mejor jefe, y la plaza de Huetamo; por cuya “*cobarde* conducta quiere S. A. que en el acto de que “aparezca por alguna parte y se presente á V. E., “mande se le reduzca á prision, &c.”

El gobierno habia dado efectivamente órdenes á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, pero lo habia hecho cuando sabia que no las podia ya recibir por estar circundado de enemigos. No le podia acusar de debilidad ni de cobardía; y es palpable ademas la contradiccion que existe entre estas calificaciones, y la falta que le achacaba de haber *eludido* unas órdenes, comunicadas para que se retirara de un punto peligroso, donde eran menester el valor y la firmeza.

En una carta que pocos dias despues dirijia Santa-Anna á Don Luis G. de Vidal y Rivas, le decia ha-

blando de otro individuo que tambien le servia con decision y lealtad: "Haga Vd. que el coronel Osollo se encargue de la subprefectura y comandancia militar de aquel punto, para evitar que el que está allí, vaya á cometer *una torpeza* como la de Bahamonde, porque *estos cosacos* inespertos se atarantan fácilmente, y no saben, &c." De modo que el gobierno dictatorial no solo no agradecia el sacrificio de sus servidores mas leales, sino que escarnecia su memoria. No bastaba morir por él para dejarle satisfecho.

2 La toma de Huetamo dió á la revolucion extraordinario impulso en todos los pueblos situados por los confines de Michoacan, México y Guerrero. Consecuencia de ella fué la desocupacion de Ajuchitlan por las tropas que guarnecian la villa, las cuales se fueron á Tepantitlan con el coronel Don Juan Velez á la cabeza, y levantaron una acta para adherirse á la revolucion, porque su gobierno "les habia faltado en todo." El 22 entraron en Ajuchitlan Martinez y Castañeda, y encontraron allí tres piezas de artillería y buena cantidad de armamento, pertrechos y municiones. Todos aquellos pueblos quedaron adictos á la revolucion; y segun decia Martinez en su parte dirigido al general Moreno, "no queda mas enemigo que la desolacion que nos ha causado á todos el formidable peso de la tiranía."

Las medidas que dictaba el gobierno, daban bien á entender la mala ventura de sus armas en los demas puntos del departamento de Guerrero. Con fecha 26 de Enero decia el ministro de la guerra al general Don Simeon Ramirez, comandante general de Iguala que se hallaba en Tasco: "Los pueblos rebeldes deben ser *desaparecidos*, y *todos los individuos* que hayan tomado parte en hostilizar á la tropas nacionales, *serán pasados por las armas*." Desde antes se le habia mandado á este general, que pasara á Tasco para ir desde allí á batir á los pronunciados que se hallaban en el cerro de Huistaca. En Tasco, le decia el gobierno, "hay traidores que bien podrá V. S. *espeler*, en particular todos los dependientes y adictos del conspirador Don Antonio de Haro y Tamariz." Cuando el general Ramirez dió parte de haber tomado á Huistaca, cuyo punto habian abandonado los del Ejército libertador, decia que lo *arrasaria* todo, conforme á las órdenes que se le habian dado.

El sistema devastador del gobierno habia llegado á agriar los ánimos de sus enemigos en términos de inducirlos á vengarse con atroces represalias. No necesitan tanto los partidos que toman las armas en las guerras civiles, para que sea una verdadera plaga su tránsito por los pueblos; pero cuando el gobierno mismo decretaba friamente actos de vandalismo y des-

truccion, no es de estrañar que mas de una vez las guerrillas sueltas de los pronunciados mancharan con escesos parecidos la causa que defendian. Sucedia esto, sin embargo, á despecho de los principales caudillos de la revolucion, que frecuentemente daban severas órdenes á sus subordinados, no solo para que respetaran las propiedades, sino para que fueran humanos y generosos con los enemigos á quienes vencieran. Señaladamente hizo esto el general en jefe del Ejército restaurador, cuando hostigados los suyos por las depredaciones y desafueros que prescribia la dictadura, pensaron formalmente en entregar á las llamas las haciendas y demas propiedades de los que la eran adictos. Una circular espedida en el mes de Febrero, contiene sobre este punto, ideas y recomendaciones que espresan el espíritu de los pronunciados, pues que en ella se mandaba impedir á todo trance el incendio ó devastacion de las fincas, "aun cuando sean pertenecientes á jefes ó personajes enemigos."³

En Febrero de 1855, alentados los del Sur con la reciente fortuna de sus armas, se consideraron bastante fuertes para acometer mayores empresas que hasta entonces. Todos los planes del gobierno habian sido desbaratados; apenas le quedaban en el Sur mas pobla-

³ Véase en el *Apéndice* Núm. 16.

ciones de importancia que Chilapa y Chilpantzingo; y el jefe de la revolucion pensó que habia llegado el caso de dar un golpe al mismo cuartel general. Con este fin se reunieron considerables fuerzas, que tomaron el 26 de Febrero á Chilapa despues de un reñido combate; y obtenido este triunfo, se dirijieron á Chilpantzingo con ánimo de atacar la ciudad. En el pueblo de Mazatlan, á cuatro leguas de distancia, hizo alto el general Alvarez con dos mil quinientos hombres, cuatro obuses y una pieza de á seis: á su retaguardia venia por Chichiualco con mil hombres y tres obuses, su hijo el coronel Don Diego; y Don Jesus Villalva, con otros mil, se habia situado entre Chilpantzingo y Tixtla.

Con estas fuerzas, que podian ser oportunamente apoyadas por Caamaño, los Navas y otros guerrilleros situados en diferentes puntos y á distancias convenientes, no habria sido difícil tomar á viva fuerza á Chilpantzingo, donde habia una guarnicion que no pasaba de 3.000 hombres, muy valientes sin duda, pero desalentados con los recientes descalabros, y cansados ademas de una lucha, en la cual prodigaban inútilmente su sangre y sus sacrificios. Pero Alvarez quiso emplear los medios de la persuasion, mas bien que los de la fuerza material que tenia en su mano; y con este fin dirijió una proclama á los soldados de la guar-

nición de Chilpantzingo, procurando con sentidas frases atraerlos á sus banderas:⁴ y como el gobierno habia hecho correr la especie de que iba decidido á incendiar y arrasarse la ciudad, dirigió otra proclama á los vecinos de ella, desmintiendo aquella calumnia con la protesta de los mas nobles sentimientos, tierna y afectuosamente espresados.⁵

Entonces tambien dirigió Alvarez una carta al comandante general de Guerrero, en la cual le invitaba con fuertes razones á meditar imparcialmente la verdadera situacion del país, para tomar el partido que debia sujerirle su conciencia de buen ciudadano. En esta carta, que es muy notable,⁶ suplicaba el caudillo del Sur al comandante general, que se abstuviera de darle una contestacion de rutina, porque la ocasion era demasiado solemne para que un buen patriota apelase á tales subterfugios para eludir una respuesta categórica sobre las palpitantes cuestiones que se tocaban. A pesar de esto, aquel jefe no pudo prescindir de contestar fingiendo enojo, y aparentando que no queria entrar en discusion con un rebelde.

La aproximacion de tantas fuerzas al cuartel general de Chilpantzingo, y los continuos reveses que su-

4 Véase en el *Apéndice* Núm. 17.

5 Véase en el *Apéndice* Núm. 18.

6 Véase en el *Apéndice*, bajo el Núm. 19.

frian las tropas desde principios del año, hicieron que el general Santa-Anna saliera otra vez para el Sur en el mes de Febrero; pero en esta ocasion no pasó de Iguala. Allí dictó sus órdenes para que se reforzara bien el destacamento de Mescala, atacado continuamente por las fuerzas de Don Jesus Villalva, que ya habia derrotado varias veces el destacamento, y habia hecho poco antes, que se le pasaran cien hombres de él con su comandante don Francisco Gonzalez Conchillos. Aquel punto y el de Iguala parecian por entonces los mas importantes al gobierno, seguramente porque eran la natural retirada que tenia el cuartel general en caso de perderse Chilpantzingo. Sucesivamente fueron llegando á Iguala los jefes de mayor confianza: Osollo, Cadena, Zires, Güitian, Don Angel Santa-Anna; y casi todos eran enviados á Mescala para reforzar aquel punto.

El 23 de Febrero se le decia á Güitian que tomara caballos para su regimiento en las haciendas, “de quien quiera que sean;” y quejándose el comandante de Iguala de que no estaban buenos los caballos de los Granaderos de la Guardia, se le contestó que si él hubiera cumplido las órdenes supremas “para tomar de las haciendas, ó donde hubiese, los caballos necesarios,” no habria que lamentar aquel inconveniente, concluyendo con prevenirle que “inmediata-

“mente proceda á remediar esta falta.” Al mismo tiempo se mandó que se concentraran en Iguala todas las fuerzas que se hallaban en Tasco y en Teloloapan.

Todas estas disposiciones del gobierno no bastaban para darle ninguna ventaja sobre sus enemigos. Tuvo sin embargo la fortuna de que en una pequeña escaramuza que ocurrió el 23 de Febrero en Petaquillas, cayera en sus manos el coronel Don Francisco Rosendo Moreno, que fué llevado á Chilpantzingo y sentenciado á muerte por un consejo de guerra el 8 de Marzo. El comandante general demoró cuanto pudo la ejecucion para dar lugar á que se despachara un ocurso de indulto: el gobierno le dió orden con fecha 3 de Abril para que le hiciera fusilar si no lo habia hecho, pues “no ha tenido facultad para demorarlo.” Moreno fué fusilado el 10.

El 6 de Marzo dió el gobierno unas instrucciones terribles al comandante principal de Iguala. Segun ellas, los facciosos debian ser “colgados en los árboles del camino. . . arrasados los pueblos y rancherías. . . quemadas todas sus semillas, consumido todo su ganado, y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia.”⁷

⁷ Son palabras copiadas á la letra de la comunicacion relativa; y adviértase lo mismo respecto de todas las citas que en esta obra se hacen.

Durante su permanencia en Iguala, no echaba en olvido el dictador las demas atenciones de su gobierno, que fuera de los movimientos militares, eran para su estraña política las relativas á la policia y al espionaje. Con fecha 3 de Marzo, en Iguala, el ministro de la guerra dió orden al comandante general del Distrito para que hiciera salir de la capital á Muñoz Ledo, Riva Palacio, Payno, Fúrlong, y á *todos los desafectos*, “tomando con actividad y secreto las medidas de policia necesarias para aprehender á Don Antonio Haro y Tamariz, que se halla oculto en esa capital instigando á los revoltosos, y pasándolo por las armas luego que se le aprehenda.”

Cuando el general Santa-Anna volvió en esta ocasion á la capital, no hubo las solemnidades ni los festejos que la vez primera, aunque todavía querian hacer lo mismo sus aduladores. Poca cosa era la prision del coronel Moreno, único suceso feliz que habia pasado, y cuyas consecuencias se reducian en suma para el gobierno, á la triste satisfaccion de cumplir una venganza. Por lo demas, el general Santa-Anna habia visto de cerca el estado de las cosas, y habia tenido ocasion de conocer, por preocupado que estuviera, que los negocios de la lucha iban mal. Entró pues en silencio y de noche, sustrayéndose al estrépito de los repiques y de los cañonazos, que deben ser mo-

lestos para quien sabe que son inmerecidos é inoportunos.

El general Alvarez se habia retirado de Chilpantzingo, impulsado por unos sentimientos que la religion y la humanidad aplaudirán siempre. Los principales vecinos y familias de aquella poblacion le habian suplicado que los libertara de los estragos de un sitio, ofreciéndole todo su amor, todo su respeto y toda su gratitud para cuando el curso natural de los acontecimientos le diera una victoria sin sangre. El accedió á esta demanda, no obstante que la condescendencia era un sacrificio de su amor propio de general; pero seguro como estaba del próximo feliz desenlace de la empresa, quiso hacer aquel bien á los habitantes de Chilpantzingo, aunque fuese por lo pronto á costa de su fama guerrera; y se retiró á combinar otro plan de campaña, que le diese el triunfo sin que se derramara la sangre de sus hermanos. Entonces se dirigió el general Moreno con una fuerte seccion á Costa Chica, en Ometepec, y se dispuso á limpiar aquella comarca de enemigos, amenazando á Ayutla y Cruz Grande, donde estaban las mayores fuerzas de Noriega, que habia vuelto á ser nombrado comandante principal de aquella demarcacion.

Bien conoció el gobierno que la retirada del Ejército libertador de las inmediaciones de Chilpantzingo, no

habia sido para él un triunfo, ni para la revolucion una derrota. Así es que con fecha 6 de Marzo dirigió un agrio estrañamiento al comandante general de Guerrero, porque no habia atacado á Alvarez cuando éste se acercó al cuartel general. Sobradas razones tenia aquel jefe para disculparse de los cargos que se le hacian; pero desde entonces cayó en desgracia; y los continuos reveses que sufría el gobierno sin que todo su celo los pudiera evitar, acabaron por desconceptuarlo en el ánimo del presidente y de los ministros, hasta que fué destituido á fines de Abril, y entregó el mando político y militar á Don Marcial Lazcano el 1.º de Mayo.

Lazcano llevó á su gobierno las mismas bárbaras instrucciones que se daban siempre á las autoridades. Encontró al departamento en mal estado, casi todo él en poder de la revolucion, el espíritu público decaído, y la opinion de los habitantes decididamente pronunciada contra el gobierno. Este le contestó que su antecesor tenia la culpa de todo aquello, *por su debilidad y tolerancia*; y el nuevo jefe, para no incurrir en las mismas faltas, y ateniéndose á las órdenes terminantes que se le habian dado, empezó por prender á algunos individuos de Chilpantzingo, distinguiéndose despues por una série de medidas atroces, que parecian las últimas boqueadas del gobierno dictatorial en el Sur.